

V

Te quejas, mi querida Julia, de la afición de tu marido á la sociedad y del gusto que manifiesta de verte figurar en ella, y yo aplaudo ese gusto; la misantropía no conduce á nada bueno, y el que se olvida en absoluto de los demás, es también olvidado muy pronto.

La determinación de Eugenio de recibir un día á la semana, y de dar un té en ese día, debe serte agradable; no se tiene lo que se llama *buenas relaciones* sin molestarse un poco, y el tener esas relaciones es muy conveniente para el bienestar de tu casa y para tu dichoso y tranquilo porvenir.

Sin dinero nada se hace en el mundo, y el ganar dinero, único modo legal de poseerlo para el que ha nacido sin rentas, cuesta algún sacrificio y algunas penas.

Una pequeña reunión cordial, escogida y elegante, es mucho más agradable que esos grandes círculos donde el espíritu y el cuerpo se fatigan á la vez, porque se asiste á ellos en horas incómodas, y porque parece que cada uno hace allí alarde de ocultar, bajo el velo de la frivolidad, el entendimiento que ha debido al cielo.

No es tan difícil, como generalmente se cree, el tener algunos buenos amigos cuya compañía sea grata; con un poco de tolerancia, con un poco de gusto artístico, acaso tendrás en tu salón más concurrentes de los que desees, pues la sociedad no ofrece muchos círculos inteligentes adonde se pueda concurrir con el deseo de esparcir el pensamiento.

Procura que tu salón esté á la vez *confortable* y elegante, y que cada uno de los concurrentes halle en él algún detalle que le agrade: en la bella estación en que estamos, poco fuego en la chimenea bastará para que se note una temperatura cálida y agradable; que haya en la meseta dos jarrones con flores frescas, puestas el día mismo de la recepción, pues nada es más triste á la vista que las flores marchitas.

Un saloncito de confianza, perfumado con un aroma elegante, y bien cerrado con gruesas cortinas que caigan delante de las puertas y balcones, parece atraer la dulce y expansiva confianza, las íntimas y sabrosas conversaciones.

Procura que esté bien alumbrado, sin que sea tanta su luz que le dé las apariencias de salón de baile: hay ciertos detalles que pres-

tan carácter á las habitaciones, nada de luz en el techo, á no ser que sea la de una lámpara de cristal blanco en forma de globo, y que contenga la de una vela; otras dos lámparas altas de cristal de Bohemia sobre la chimenea, y otra en cada rinconera, bastarán para dar á la estancia un alumbrado modesto y alegre á la vez, incluyendo en él las dos bujías del piano.

Una mesa redonda y bastante grande en el centro del salón, es el mueble más indispensable: allí debe haber otra lámpara; allí deben estar los periódicos del día, los semanales y alguno de los libros nuevos que se publiquen, ya que no puedan ser todos; porque el principal encanto de un salón, es que se vean en él la vida intelectual y la artística, para olvidar la prosa de las horas del trabajo.

Otra mesita para el té y para ordenar una partida de tresillo, debe hallarse á un extremo del salón: algunas personas de edad madura, poco inteligentes en artes, hallan en una partida de juego su diversión favorita, y es justo atender á los gustos de todas las edades.

Hasta las nueve y media, poco más ó menos, sostendrás tú, ayudada de tu marido, la conversación en general, aparte de las parti-

culares que pueda haber; pues en una reunión donde reina la cordial y amable confianza, cada uno se sienta al lado de la persona que le inspira más simpatía y con ella habla, sin perjuicio de mezclarse en lo que hablan los demás. Hora y media es preciso para que vayan llegando todos los concurrentes, pues hasta las ocho no irán los que lleguen más pronto.

De nueve y media á diez se servirá un té modesto; la prodigalidad de dulces y pastas ni es de buen tono ni necesaria en una reunión sin pretensiones. Té con leche y dos clases de pastas y bizcochos, es todo lo que debes ofrecer, advirtiéndote que las tazas, para ser elegantes, deben ser pequeñas y blancas, con filete de color y perfiles de oro.

Un criado irá presentando en una bandeja las tazas del té, y tú, ayudada de alguna amiga ó de algún amigo, ofrecerás las pastas; si lo hicieras sola, no podrías atender á todos con la debida oportunidad.

Terminado el té, y desocupada la mesa de juego, donde habrá estado el servicio, harás colocar en ella dos bujías, las barajas y demás utensilios de juego, é invitarás á las personas de más edad que sepas son aficionadas á ese género de diversiones.

Un poco de música, de lectura y de conversación llenarán el tiempo hasta las doce, hora en que todos se retirarán, yo te lo aseguro, en extremo complacidos.

Sé amable un día á la semana, Julia; haz ese día el sacrificio de la comodidad, y tu esposo te quedará agradecido, consiguiendo que haya alderredor suyo una sociedad agradable que le distraerá del trabajo del día y de la incomodidad de salir todas las demás noches de la semana.

El hombre, hija mía, es vanidoso; más le gusta que vayan sus amigos á disfrutar de la tranquila y amable dicha de su hogar, que ir él á aumentar la del hogar ajeno; yo conozco bien á ese rey y señor de la creación, que aunque sea fuerte y valeroso, es á la vez, y en muchas cosas, pueril como un niño.

FELICIA.

VI

Veo por tu última carta, mi querida Julia, que necesitas poner en práctica una máxima de San Pablo; esta máxima, que yo desearía escribir en el sitio más visible de la

habitación donde se reúne cada familia, dice estas solas palabras:

SOPORTAOS MUTUAMENTE.

El domingo último, tu marido y tú preferisteis ir á comer á casa de la madre de aquél á comer solos, mano á mano, en el elegante gabinete de la mejor fonda de esa población; por la noche hallaste afligida á tu madre política, y esto te pareció injusto; poco después entró la hermana de tu marido y te reconvinó con alguna dureza por haber admitido una criada que ella, según dice, tenía ya casi recibida; y tú, que ya tenías el ánimo mal dispuesto por el triste y frío recibimiento de tu madre política, te enfadaste, respondiste también ágricamente á la hermana de tu esposo, y te retiraste mucho antes de la hora acostumbrada.

Desgraciadamente, mi querida Julia, has dejado detrás de ti una semilla de amargura que pudiera producir tristes frutos, si no te dieras prisa á recogerla, arrojándola lejos de ti y de los que debes amar por amor á tu marido.

Soporta, hija mía, soporta esos pequeños

disgustos con dulzura y bondad; haciéndolo así ganarán tu dignidad y tu dicha; soporta las susceptibilidades de tu madre política, pensando en lo que le debe Eugenio, del cual ha hecho un hombre distinguido á fuerza de sacrificios y de vigilancia! ¿Qué mayor prueba de amor puedes dar á tu marido? ¿Y cómo has de dejar de dársela pudiendo?

Sufre igualmente con caridad, y hasta con compasión, las sinrazones de Cecilia, tu hermana política; pero ten cuidado de que no trasluzca ni la compasión ni la caridad; trata de ganarte su amistad por el irresistible ascendiente de la bondad, de la igualdad de humor y de la facilidad en el comercio de la vida.

Eres sincera y verdaderamente piadosa, hija mía; he aquí, pues, llegado el momento de hacer honor á la religión, demostrando sin afectación á tu nueva familia todos los cariñosos y buenos sentimientos que te inspira.

Busca en tu biblioteca un precioso libro que yo te he dado, y que se llama: *Cartas de San Francisco de Sales*, y busca el pasaje que dice:

«Vuestra familia amará vuestra devoción, si os ve más cuidadosa de su bienestar, más dul-

ce en las ocurrencias de los negocios, más amable en las reprensiones, mejor por todos estilos; vuestro esposo la amará también, si os ve, á medida que vuestra devoción crece, más cordial respecto á él y más dulce y suave en vuestro amor; vuestros parientes y amigos la amarán igualmente, si reconocen en vos más franqueza, tolerancia y condescendencia á sus voluntades; en fin, es preciso que hagáis vuestra devoción lo más atrayente y provechosa que os sea posible» (1).

Reflexiona, Julia mía, lo que debes hacer para atraerte á Cecilia, y tu corazón te inspirará; no hables del incidente que tuvo lugar entre vosotras á tu marido; no le atormentes haciéndole ver los defectos de las personas que le tocan tan de cerca. Hoy, bajo la impresión del amor que le inspiras, tomaría tu partido, acaso con demasiado calor; pero más tarde te culpará el haberle mezclado á esas discusiones, que un poco de prudencia hubiera podido cortar en su origen.

Haz de manera que sea siempre para su madre, lo que ha sido hasta aquí, un hijo res-

(1) Carta á la señora presidenta Brulart, inserta en el tomo, y una de las más dulces y tiernas de este Santo.

petuoso; procura que su madre no se aperciba de su matrimonio, más que porque tiene otra hija que la ame.

Los resentimientos ajenos, hija mía, y, sobre todo, los de la propia familia, dejan en nuestra vida como una ola amarga que nos arrebatara la dulzura de todo goce. Pon de tu parte todo lo que puedas para evitar esa amargura; que la desigualdad y la aspereza del carácter no nazca de ti, sino de los otros; por mucho que lo ocultes á tu marido, él verá la verdad, agradecerá tu prudencia, y si su amor no puede acrecerse, crecerá de seguro su estimación para tí, al comprender que sabes sufrir noblemente.

Para reconciliarte con Cecilia escríbele al instante, diciéndole que la esperas á comer con su marido, y suplicándole no olvide su arpa; ya sabes que la toca como el rey David, y que canta como un ángel, aunque no lo sea por su carácter; pero ¿qué remedio?, tomemos lo que hay en ella de bello y de bueno, y hagamos más que perdonar lo malo; ¡olvidémoslo!

Irás tú misma á invitar á la madre de Eugenio, diciéndole que quieres compensarte de la privación de no haber comido con ella el

domingo último Eugenio y tú; yo te respondo de que te recibirá muy cariñosamente; los ancianos somos como los niños: al principio y al fin de la vida es cuando más ansiamos que nos quieran.

Que en la mesa haya flores, y el aspecto de una fiesta, la fiesta de la paz y de la unión de la familia; Eugenio será dichoso al verse en medio de los suyos. Cecilia lo será también, porque podrá lucir su belleza, un lindo traje, y su grande y encantador talento musical; y la madre te agradecerá los triunfos de sus hijos.

Devuelve á Cecilia esa criada, objeto de la cuestión, y que al llegar á tu casa debiste despedir, bajo la pena de pasar por una gran egoísta: ¿cómo es posible que hayas podido guardar un solo instante en tu casa, una muchacha ligera, y cuya falta de formalidad te ha ocasionado un disgusto de familia?, ¿no has comprendido que era la mejor, y la más pronta satisfacción que podías dar á Cecilia?, ¿ó es que por egoísmo, por tener quien te sirviera, por no trabajar tú un poco más, has olvidado aquellas consideraciones?

Ten entendido, Julia, que el que no sufre á su tiempo un poco, sufre después mucho más, y deplora su falta de fortaleza; la invitación

para la comida debe ser después de despedida esa muchacha; envíala con una esquila á tu hermana política, diciéndole que se la cedes; y si ya no la quiere recibir (como es probable), al menos que no la vea en tu casa cuando vaya á comer con su marido: es lo menos que la debes, y eres indisciplinable por no haberlo hecho ya.

Es verdad que para la comida te hará falta; pero tienes que trabajar más, porque ni puedes dilatar el convite, ni conservarla: paciencia, y soporta con resignación esos contratiempos pequeños, que darán fuerza á tu alma para otros mayores.

FELICIA.

VII

Hace algunos años, el empeñarse en gastos superiores á la fortuna de cada uno, se miraba como cosa muy elegante: arruinarse era empresa fácil para los que verdaderamente se lo proponían.

Hoy, felizmente, esta creencia pertenece al género atrasado: las ideas adelantan; el progreso intelectual ha traído al moral como inevitable y benéfica consecuencia.

Las mujeres más elegantes de las grandes

capitales, las más á la moda, llevan corriente y clara su cuenta de gastos, y miran y leen el libro donde la tienen escrita con tanto cuidado y cariño como la novela más sentimental y más de su agrado.

Nuestra época tiene las cualidades de sus defectos: es prosaica, es positiva, pero mira con horror las deudas y ama el método.

Muy pocos años hace todavía que oíamos decir á las señoritas: —Yo no sé hacer otra cosa que dibujar y tocar el piano: todos mis vestidos los hace la modista; no tomo la aguja para nada.

Hoy es ridiculo decir esto, y más todavía hacerlo: si alguna joven nace con propensión á la pereza y á la holganza, la oculta, se avergüenza de ella, y hace bien, pues sus alardes conseguirían solo una justa y merecida crítica.

He aquí, Julia, lo que dice una de las Revistas francesas de más justa fama, y dirigida por una de las más notables escritoras de la nación vecina:

«Un murmullo general se eleva contra el precio exorbitante de las hechuras de los vestidos y confecciones. Se sabe como cosa indudable, que muchas grandes señoras han comprometido seriamente su fortuna por las cuen-

tas de sus modistas; sin embargo, nosotras conocemos algunas que son encantadoras, y que han encontrado un privilegio para vestir con elegancia, sin arruinarse por eso.

¿Y sabéis cómo?

Acostumbrándose á cortar por si mismas sus trajes, á dirigirlos mientras los cosen sus doncellas y sus hijas, y á tomar ellas mismas parte en su confección.»

No es enseñar á trabajar á las niñas el enseñarlas á bordar medianamente una flor, á fabricar entre sus lindos dedos algunas estrellas de crochet ó á bordar una tapicería del género más nuevo, no; las jóvenes de fortuna modesta—que son las más—necesitan saber cortar y coser sus trajes y los de sus hermanos, confeccionar ropa blanca y reformar, no sólo sus vestidos, sino toda la lencería de su casa.

Las fortunas no crecen, y antes bien las desgracias de la madre patria amenguan todos los días los medios de vida de sus hijos. El trabajo, el santo y noble trabajo, es hoy más necesario que nunca. Y sólo él puede mantener el bienestar y la tranquilidad de la familia.

Es notoria la creciente antipatía que se va desarrollando en el sexo fuerte hacia el matri-

monio. Y en esta aversión, que algunos creen fundada solamente en razones morales, hallo yo también otra material y muy atendible.

El lujo, al invadir las habitaciones, la mesa y los trajes, ha hecho casi imposible el matrimonio para las jóvenes de fortuna modesta, ó que carecen por completo de ella; porque el hombre que cuenta por todo medio de vida con un sueldo—aunque sea crecido—, con el ejercicio de una facultad ó con una carrera de recursos no muy extensos, teme mucho no poder sostener ciertos gastos que cree por encima de sus haberes, y lo teme con razón.

A la mujer toca disipar esos temores, y el camino de la dicha conyugal se abrirá para ella; y el hombre, lejos de mirar en el matrimonio el prólogo de su ruina, verá en él asegurada su paz interior, su bienestar y la dulce certeza de recorrer el camino de la vida, con una compañera amable y previsora, que le convierta las espinas en flores delicadas.

He visto pasar angustias dolorosísimas á algunas mujeres para pagar cuentas de hechuras tan crecidas, que de seguro habian de provocar el enojo de su marido, pues debía traerle un terrible apuro pecuniario, siendo la cuenta mayor que sus recursos del momento:

y he compadecido profundamente á esas mujeres, porque no hay gala tan bella, que merezca adquirirse al precio del reposo doméstico.

Los periódicos de modas son una bella y útil necesidad de nuestra época, y en ellos se hallan patrones de gran exactitud para hacer todos los trajes y confecciones que puede necesitar una familia.

Se venden telas muy lindas y á un precio muy módico, que con un poco de buen gusto y de habilidad producen trajes encantadores; ¿á qué pagar, pues, de hechuras mucho más de lo que la tela vale? ¿Por qué no hacerlos en casa, imitando los elegantes modelos que ya en figurines iluminados, ya en grabados en negro, dan con profusión los periódicos de modas?

Quédense las grandes artistas de la moda —que las hay— para aquellas damas cuya alta posición y fortuna les permiten los grandes gastos; pero la clase media, ¿por qué se ha de empeñar en seguir un camino que lleva á la ruína y al dolor? El Pactolo de las arenas de oro, ¿ha llevado un hilo á cada casa? ¿La madre tierna ha abierto sus entrañas para mostrarnos tesoros desconocidos?

¡No! Los medios de vida son los de siempre, son acaso menores, porque nada hay estable en nuestro siglo de agitación y angustias; ¡y el afán del lujo y la manía de igualdad crecen todos los días!

Seamos fieles, mi querida Julia, á la dulce misión que la Providencia divina nos ha impuesto; la mujer, ostensiblemente, tiene poca importancia, y quizá ostensiblemente no debe tenerla mayor; pero moralmente ella tiene en su delicada mano las riendas del gobierno doméstico, y de su buena administración depende y dependerá siempre la paz, el sosiego y el bienestar de su familia.

Como ya te he dicho en otra carta anterior, querida Julia, será en vano que el esposo trabaje y se afane día y noche para llevar á su casa la mayor cantidad de dinero posible, si la esposa, con una prudente economía, no trata de secundar sus esfuerzos.

El lujo ha perdido ya gran parte de sus encantos, gracias al abuso que se ha hecho de él; si en un salón lleno de damas vestidas de raso, de encajes y de terciopelos y adornadas de pedrería, entra una joven vestida de blanco y adornada con una rosa, esta joven se llevará la atención general, porque la sencillez

ha llegado á ser distinguida y original á fuerza de ser poco común.

Ayudemos en lo posible las mujeres á sostener el edificio social que se derrumba, y opongamos la fortaleza de la virtud y el encanto de la moderación á las tentaciones de la vanidad.

Huyamos del lujo, monstruo devorador que se traga la paz y el bienestar de la familia; pólipo horrible é insaciable, que cuanto más devora más ansía, y que siempre está hambriento.

Para nada nos es necesario; ¿y por qué hemos de admitir el lujo, tan caro y tan ruinoso, cuando la distinción es tan barata, tan benéfica, tan adorable amiga de la mujer?

FELICIA.

VIII

Continúo el tema de mi última carta, mi querida Julia, porque nunca creeré que te preparo demasiado contra las seducciones de la vanidad, ahora que estás casada y que eres responsable de la tranquilidad y del bienestar de toda una familia.

Recuerdo que deseabas ser rica y que ama-

bas con exceso la elegancia y las diversiones, y estas aficiones que de niña eran excusables, hoy merecerían la más severa censura.

Y no serías tú una excepción al pensar de este modo, no por cierto.

Generalmente se cree que la riqueza es la fuente de toda dicha, el manantial inagotable de todos los goces, la panacea de todos los males y el origen de todas las venturas.

A conseguir la riqueza van encaminados todos los esfuerzos del hombre, y el deseo de la riqueza llega á ser una idea fija en el cerebro de la mujer.

Y sin embargo, la riqueza ni aumenta la dicha ni la trae al hogar cuando la desgracia se halla sentada á la puerta de éste, y lo más estimable que hay en la tierra es la tranquila medianía, tan lejos de la opulencia como de la pobreza.

La gran riqueza es sobre todo inútil para la mujer de corazón y de talento, y no le trae más que un cúmulo de cuidados que la distraen de los tan dulces de la familia y de la amistad, porque la opulencia no la hace ni más bella, ni más elegante, ni más amada que un holgado y cómodo bienestar.

No son, generalmente, las mujeres que vis-

ten mejor, las que gastan en su guardarropa sumas exorbitantes; el amor al lujo se convierte en una especie de fiebre que hace incurrir en graves errores: he visto señoras que á la mitad de un invierno, pasado desde su principio en fiestas, bailes, convites y paseos, ya no sabían qué ponerse; tanto su imaginación se hallaba agotada con las más extraordinarias combinaciones.

¿Eran todas de buen gusto?, ¿les favorecían todas? Ciertamente que no, y que muchas veces estas combinaciones fueron el pasto de la envidia, de la murmuración y aun de la sátira más mordaz.

El arte de vestir bien es difícil, y como todas las artes, llega á su más alto grado de brillantez cuando se cultiva con inspiración; hay mujeres tan maravillosamente dotadas del instinto de lo bello, que en ellas la elegancia es una dote natural: lo más excéntrico en otras, es en ellas una gracia: un lazo prendido en el cabello, una orla de encaje, una flor colocada en el pecho ó en el talle, una sortija, un gesto, una sonrisa, una mirada, un mimo, una monada; ¡todo es en ellas adorable!, ¡todo encanta y seduce!

Estas mujeres son las verdaderas reinas de

la elegancia; todo lo que inventan les sienta bien: lejos de sujetarse á los rutinarios preceptos de la moda, son ellas las que pueden dar la norma con sus creaciones; pero lo que á ellas las hace parecer seductoras, no está bien á todas las demás, pues no son muchas las que nacen con un privilegio de elegancia y de distinción.

Generalmente estas mujeres no son ricas: en París, donde la que esto escribe ha estado muchas veces, ha conocido algunas que vivían de un arte, porque eran artistas de todos modos: artistas en el cultivo de la música y de la pintura, artistas por su elegancia nativa y encantadora.

Una, entre otras, daba lecciones de piano y de arpa, y tiene hoy uno de los más gloriosos nombres en la utilísima y gloriosa carrera de la enseñanza lírica: viuda á los veintidós años, madre de dos niños, y teniendo que cuidar del sustento de una madre anciana y enferma que vivía en su compañía, puede suponerse que esta pobre joven no tendría grandes medios de fortuna, pues sólo contaba en el mundo para su familia y para sí misma con el producto de sus lecciones, que, aunque ascendía mensualmente á una suma regular, por el mé-

rito de las mismas, se invertía toda en las necesidades de la casa; y, sin embargo, mi querida Julia, ¡jamás he visto una criatura más elegante, más dotada de ese encanto penetrante, que no sólo atrae, sino que fija con una fuerza invencible!

Convidada con frecuencia en casa de sus ilustres discípulas, vestía casi siempre de seda negra ó gris, con algún encaje en el cuello y mangas de valor, herencia materna, y su única gala; sus solas joyas eran unos sencillos pendientes de oro y otros ornados de una perla; una cadena de exquisita simplicidad y buen gusto, sostenía un relojito liso, que llevaba oculto, y entre sus hermosos cabellos rubios, solía ponerse por todo adorno una flor natural.

Así ataviada, asistía algunas veces á los banquetes de las damas más á la moda, á las fiestas de la alta sociedad, adonde no podía excusarse de asistir, porque á ella pertenecían sus discípulas; y en medio del raso, de las blondas, de las plumas, de los brillantes, su modesta elegancia, lejos de ofender á nadie, despertaba una simpatía general.

Su madre y sus hijos, seres tan queridos á su corazón, que la vida de árido trabajo que

llevaba le parecía la más dulce, participaban de este perfume de distinción que se extendía á cuanto tocaba aquella encantadora joven; y su casa, modestamente amueblada, tenía el mismo primor y delicadeza de detalles, que las personas que la habitaban.

El arte de vestir bien es saber elegir lo que dice mejor con nuestra fisonomía, con el color de nuestra tez, de nuestros cabellos y con el carácter particular de nuestra figura.

No se puede seguir en absoluto todos los preceptos de la moda; por el contrario, hay que modificarlos casi siempre y suprimir ó aumentar en la hechura y en los adornos, detalles que constituyen toda la gracia de un traje ó de una confección cuando se atienden con cuidado.

Los encajes falsos, las pedrerías imitadas, todo lo que aparece como *querer y no poder*, es de un efecto deplorable; es mil veces mejor llevar un traje con poco adorno, que otro recargado de ornamentos baratos y sólo de apariencia; es mucho más elegante un vestido negro, que otro de un color llamativo, pero pasado de moda.

En lo que no se debe tener economía, donde cada señora debe gastar tanto como le